

## LOS TRES MONROE DE CARLOS PEREYRA

Jaime del ARENAL FENOCHIO\*

SUMARIO: I. *Advertencia preliminar*. II. *Introducción*. III. *El perfil del hombre*. IV. *Pereyra y Estados Unidos*. V. *Los tres Monroe*.

### I. ADVERTENCIA PRELIMINAR

El siguiente ensayo lo escribí en abril de 1987, como ejercicio académico del curso de Historiografía Diplomática Mexicana que dirigía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM el doctor Álvaro Matute. Lo publico ahora con correcciones, pues considero que después de dieciocho años no sólo no ha perdido actualidad, como tampoco las ideas y las advertencias de Carlos Pereyra, sino que los relativamente recientes y actuales acontecimientos —desde la Guerra del Golfo y las intervenciones en Somalia, en Panamá y en Haití, hasta la invasión de Irak, el desconocimiento de la Corte Internacional de La Haya, el fraude electoral por la presidencia, y la política comercial proteccionista contraria a la libertad de comercio— revelan a todas luces que la política exterior y las ideas, intereses y prácticas del gobierno norteamericano denunciadas por el célebre historiador mexicano no han variado. Después de la caída del bloque comunista europeo Estados Unidos se erige en el policía y educador moral de toda la humanidad; la doctrina Monroe, en consecuencia, ya le queda corta y el “América para los americanos” se transforma en el “Mundo para los americanos”. Desdichada suerte la de nuestros países y muy particularmente la de México que en los últimos dieciocho años ha visto avanzar en forma incontenible la influencia de Norteamérica bajo el pretexto de un tratado

\* Escuela Libre de Derecho.

de libre comercio inequitativo. Habrá que releer a Pereyra, más allá de su retórica un tanto arcaica, para darnos cuenta, una vez más, que Estados Unidos no tiene amigos sino sólo intereses, y que tratándose de las relaciones internacionales ellos están por encima de cualquier dique moral.

Dedico estas páginas a esa dama, afable, de cálida sencillez y patriotismo intachable, jurista y maestra ejemplar, que fue Marta Morineau, con quien compartí algunos años de mi vida en el Centro de Estudios sobre la Universidad y muchos años de gratísima amistad, durante los cuales recibí más de ella que ella de mí. Las siguientes líneas no quieren ser sino un pequeño testimonio de un sincero agradecimiento hecho a destiempo.

## II. INTRODUCCIÓN

A casi sesenta años de la muerte del historiador coahuilense Carlos Pereyra Gómez, muy pocas de sus obras se leen y se editan; la última es la antología preparada por Fernando Serrano Migallón, dentro de la célebre e indispensable Biblioteca del Estudiante Universitario, bajo el título *Cuadros de la conquista y la Colonia*, del año 2001. Tal vez el auge indigenista motivado por el V centenario del descubrimiento de México y por el alzamiento del EZLN en Chiapas, con todo el caudal de comentarios y análisis de todo tipo que han provocado tanto en México, como en Latinoamérica y en la propia España han convertido los temas relacionados con *La obra de España en América*<sup>1</sup> en un tema fuera de moda y hasta de mal gusto. Sin embargo, hay un aspecto de la obra de este historiador íntimamente ligado a su preocupación por explorar las raíces hispánicas de ese continente —desde 1992 encontrado y antaño descubierto— que hoy más que nunca cobra relevante actualidad. Me refiero al tratamiento que Pereyra hizo de las instituciones e ideas norteamericanas. *La Constitución de Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática*,<sup>2</sup> *El fetiche constitucional americano*,<sup>3</sup> *El crimen de Woodrow Wilson*,<sup>4</sup> *Tejas. La primera desmembración de Méjico*<sup>5</sup> y los tres libros dedicados a entender el origen

<sup>1</sup> Es el título de uno de sus libros más importantes y conocidos, publicado en Madrid en 1929.

<sup>2</sup> Madrid, Editorial América.

<sup>3</sup> Madrid, 1942.

<sup>4</sup> Madrid, Juan Pueyo, 1917.

<sup>5</sup> Madrid, Editorial América.

y el desarrollo de la doctrina Monroe son hoy poco conocidos y carecen de nuevas y, para mí, indispensables reediciones. La política norteamericana de nuestros días y de siempre —agresiva, injusta e imperialista— determinan la necesidad de emprender el análisis de esos libros en el ámbito de la cultura hispanoamericana, siempre amenazada y en peligro frente al potencial técnico, militar, económico y cultural de Norteamérica. Conocer a los gringos *desde adentro* como lo hiciera Pereyra en los volúmenes citados mucho puede ayudar a quienes se interesan en defender, fortalecer y enriquecer esa cultura y, más concretamente, a quienes se preocupan de las consecuencias de dicho expansionismo en el desarrollo político y cultura de nuestro país, sobre todo a partir de la firma del Tratado de Libre Comercio.

Pocos intelectuales mexicanos en efecto, se han ocupado de estudiar a la “bestia americana” desde su interior. Por lo que se refiere a sus instituciones, Pereyra lo intentó en los dos libros que escribió sobre la Constitución gringa; por lo que toca a las ideas, lo hizo en sus libros sobre Monroe. Estos son los que se analizan en el presente escrito.

### III. EL PERFIL DEL HOMBRE

Carlos Pereyra (Saltillo, 1871-Madrid, 1942) no fue ni quiso ser un historiador de las relaciones internacionales; su preocupación máxima —la historia de México— lo llevó de la mano a explorar la influencia de Norteamérica sobre su país natal y al encuentro con la historia de Hispanoamérica. Acerca de esta última llegó a un conocimiento muy poco igualado por algún otro autor nacido en América hispánica. Sus ocho volúmenes de la *Historia de la América Española*<sup>6</sup> son sólo una muestra —quizá la más lograda— de un trabajo de años que lo mismo se preocupó por entender las figuras de Bolívar, de Francisco Solano López, de García Moreno, que se metió con la presencia de *Humboldt en América*<sup>7</sup> o con el tesoro de Atahualpa. Pocos en verdad, han tenido un dominio de la historia de América como él y muy pocos fueron leídos en su momento con tanto éxito. Su obra reivindicó la raíz hispana del continente y de México y tal vez por esto ha corrido con tan mala suerte en las últimas décadas de exacerbado

<sup>6</sup> Madrid, Saturnino Calleja, 1920-1925.

<sup>7</sup> Madrid, Editorial América, s.f.

indigenismo. En efecto, Carlos Pereyra ha pasado a ser considerado uno de los prototipos del pensamiento conservador mexicano, aun cuando todavía sea muy difícil precisar con seguridad plena qué es lo que caracteriza y define a ese pensamiento.<sup>8</sup> Su crítica furibunda a la Revolución, que no al liberalismo ni a los liberales del siglo XIX; a las figuras señeras de Carranza o de Calles; su cada vez más radical versión de una historia contraria a la de un México falsificado lo ubicaron, por los pontífices de esa historia —de la verdadera historia verdadera, de la única posible de ser enseñada— en el nicho de los satanizados. Pobre suerte la de Pereyra. Leído antaño profusamente por la generación epirrevolucionaria,<sup>9</sup> las nuevas apenas y nos pudimos asomar a la *Breve historia* y jamás accedimos a obras de tanto valor reflexivo —y hasta profético— como los tres libros acerca de Monroe. Otros países y otras generaciones tuvieron mejor suerte y han sabido darle a “nuestro” historiador un mejor trato.<sup>10</sup> No sorprenden en México, actitudes así.

También es cierto que no fue Pereyra —no obstante su inevitable formación positivista, su comunión con Genaro García y su riquísima capacidad para aprovechar los acervos que la vida le puso en sus manos— ni siquiera un historiador “profesional”, si bien vivió gran parte de su vida de profesar la historia. La ausencia de las obligadas notas de pie de página y de las referencias de todo tipo sin las cuales hoy no se acepta la seriedad de una investigación científica y la parquedad de una bibliografía que pudo ser más amplia, saltan a la vista en cualquiera de sus libros. Pero también en esto, como en otras cosas, Pereyra siguió el curso de los tiempos, al menos los tiempos de un México que carecía de historiadores de profesión.

Abogado como la mayor parte de sus contemporáneos intelectuales, también hubo de interesarse por el periodismo, coquetear con la política, reci-

<sup>8</sup> Lo he intentado hacer en dos estudios: “El nacionalismo conservador mexicano del siglo XX”, publicado en Noriega, Cecilia, *El nacionalismo en México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 329-354 y en “La otra historia: la historiografía conservadora”, publicado en Hernández, Conrado, *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, Zamora, El Colegio de Michoacán, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, pp. 63-90.

<sup>9</sup> Véase Herrera y Lasso, Manuel, “Meditación sobre Pereyra”, *Ensayos filosóficos*, México, Jus, 1968 y Garrido, Luis, *Carlos Pereyra*, México, Botas, 1969.

<sup>10</sup> Ejemplos son las obras de Acevedo, Edberto Óscar, *Carlos Pereyra, historiador de América*, Sevilla, 1986 y de Dotor y Municio, Ángel, *Carlos Pereyra y su obra*, Madrid, Aguilar, 1948.

bir las finas maneras que dan los roces diplomáticos y, por poco tiempo, de aventurarse por los fascinantes caminos de la docencia. Maestro efímero, empero, supo dejar honda huella en las dos o tres generaciones que lo escucharon, cuando gozaba de la plena madurez de los “cuarenta”, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.<sup>11</sup>

Su doble formación jurídica y diplomática lo auxiliaron en la tarea a la que consagraría su vida y su mente; la historia. El periodismo le brindaría la ayuda necesaria para pulir un estilo vigoroso y una posa cuidada y nítida. Sus libros, por lo mismo, suelen tender peligrosas redes a los lectores quienes, en ocasiones, pueden llegar a olvidar que leen a un autor polémico, decidido a imponer su verdad y, por lo mismo... sospechoso de parcialidad. Pero una vez que esto se advierte la lectura de la obra de Pereyra se convierte en algo cautivante y enriquecedor; es entonces cuando la sospecha se aclara o se desvanece para dejar su lugar a un autor interesado por expresar en forma franca, sin tapujo alguno, sus preocupaciones más íntimas: su deseo de alcanzar la verdad, su propósito de difundirla y sus amores a la tierra natal y a la cultura que se mueve detrás de sus escritos.

La riqueza de interpretaciones, la capacidad para evocar imágenes de un pasado remotísimo —aún recuerdo la impresión infantil que me dejó la lectura de las primeras páginas de su *Cortés*, años después comprobada y ratificada en dos visitas a la villa de Medellín, en plena Extremadura— la utilización medida de la ironía, siempre fina y en ocasiones dolorosa, y lo sugestivo de sus ideas son, tal vez, los elementos que nutren las venas de su vasta bibliografía.

#### IV. PEREYRA Y ESTADOS UNIDOS

Al reivindicar lo hispánico en la cultura y en la nacionalidad mexicana Carlos Pereyra cavó su tumba intelectual y su muerte editorial en el panteón de la intelectualidad oficial, ávida de indigenismos demagógicos y, paradójicamente —si hemos de hacerle caso al “conservadurismo”— de modernidad norteamericana. Al cuestionarse casi a nivel mundial en nuestros días las pretendidas bondades de la política y de las instituciones norteamericanas, es lógico pensar que la parte de la obra intelectual del escritor coahuilense en que condenó a Estados Unidos puede salir de las sombras

<sup>11</sup> Herrera y Lasso, *op. cit.*, nota 9.

en donde ha estado por más de sesenta años. Por desgracia, no es así. Las banderas ideológicas de hoy se proclaman novedosas, inéditas o buscan sus raíces donde nunca las hubo. Pereyra seguirá condenado a vivir en esas sombras por ser hispánico (diría Herrera y Lasso) y, peor aún, católico.

Para mí, la lectura de los tres Monroe no ha venido sino a confirmar, en el caso concreto de las relaciones con Estados Unidos, esa parte de mí que se nutre de las ideas conservadoras, máxime que ha correspondido observar la expansión triunfalista, cínica e injusta del Coloso del Norte más allá del hemisferio occidental. Hijo de mis circunstancias y consciente de ello, me permito entender la vida de don Carlos a la luz de las que él vivió, sólo para verificar que muy poco ha cambiado.

Criollo de la frontera norte, y por lo mismo punta lanza de la cultura hispánica, con antepasados enterrados en la tierra perdida en 1848, diplomático en Washington, víctima de una revolución que para muchos no fue sino el resultado de una nueva intervención norteamericana en el país; testigo del avance imperialista proclamado por el primer Roosevelt y encubierto en el pérfido moralismo político de W. Wilson; adversario circunstancial de otro Wilson no menos pérfido,<sup>12</sup> Pereyra, como Manuel Ugarte en la Argentina, formó parte de esa pléyade de pensadores latinoamericanos que a viento y marea advirtieron del peligro que Norteamérica representaba para los países del sur del río Bravo. Esta fue una de sus preocupaciones principales y explica el carácter de buena —¿de toda?— parte de su obra historiográfica. La historia de las relaciones internacionales de México, en consecuencia, no constituyó por sí misma el objeto de su estudio histórico. Un somero asomo a ellas no demostraría más de lo que para muchos era verdad sabida y hasta la saciedad demostrada: que dichas relaciones estaban determinadas en buena parte por la política exterior norteamericana, inveteradamente expansionista. Lo novedoso sería explorar las raíces de dicha política, conocer las causas de los hechos que obraban en contra de México y de Iberoamérica, y precisar los principios políticos, religiosos y económicos que alimentaban y sostenían al Coloso. De esta forma, la cuestión de las relaciones exteriores entre Estados Unidos y el resto de las naciones iberoamericanas quedó desplazada por el esfuerzo

<sup>12</sup> Flores D., Jorge, “Carlos Pereyra y el embajador Wilson”, *Historia Mexicana*, vol. VIII, núm. 1, julio-septiembre de 1958, pp. 95-121.

realizado para *conocer* y *entender*, desde la propia historia y cultura política norteamericanas, los peligros que se cernían sobre esas naciones.

El complemento magnífico de esta tarea será la recuperación del pasado hispánico de los países americanos descubiertos y poblados por España, así como las investigaciones llevadas a cabo sobre aspectos o personajes concretos de la historia de esos países. El resultado final: la visión de una América irremediabilmente dividida en dos culturas antagónicas e irreconciliables. La unidad de Hispanoamérica —predicada por Bolívar—, en consecuencia, se infiere de esta visión. Con toda justeza Bravo Ugarte calificó en su momento a Carlos Pereyra como “Historiador de la Hispanoamericanidad”,<sup>13</sup> hispanoamericanidad de que tomó conciencia clara y evidente al contacto con las ideas y las instituciones norteamericanas y que le sirvió en su labor historiográfica sobre temas mexicanos.

## V. LOS TRES MONROE

A Pereyra las ideas le preocuparon primero y con mayor constancia que las instituciones. Ya en 1908 recogió en un volumen titulado *La doctrina de Monroe. El destino manifiesto y el Imperialismo*, dos ensayos previamente publicados en el periódico *El Norte* de la ciudad de Chihuahua en los cuales analizó las aplicaciones de la doctrina que el presidente James Monroe (1758-1831) había anunciado en el mensaje que dirigió al congreso norteamericano el 2 de diciembre de 1823, y un caso concreto del expansionismo norteamericano: el de avance sobre Texas. La primera parte del libro —la más larga— será la raíz de dos libros más que bajo el mismo título —*El mito de Monroe*— publicará años más tarde, durante el autoexilio español. Que el tema siempre le inquietó es evidente: las poco menos de 130 páginas del primer libro contrastan con las 584 del último, previsto sólo como un primer tomo de una obra que concluiría con el examen de las transformaciones de la doctrina Monroe a partir de 1861. En 1916 apareció el primer *Mito* —471 páginas— y en 1931 el segundo. Un año antes, en la *Breve historia de América*<sup>14</sup> había abordado el mismo

<sup>13</sup> Así titularía el discurso que pronunció en la ceremonia de recepción a la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid el 15 de diciembre de 1944. México, s.e., 1945. Reproducido en sus *Temas históricos diversos*, México, Jus.

<sup>14</sup> Madrid, Aguilar, 1930.

asunto. En cambio, el análisis de las instituciones políticas esperó un poco más: en 1919 la Editorial América le publicó *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática* y, en el año de su muerte apareció, bajo el pie de imprenta de Aguilar, *El fetiche constitucional americano*.

De los tres libros dedicados al estudio de la doctrina Monroe el segundo ha sido el de mejor suerte: en 1959, en Buenos Aires, lo imprime Ediciones El Búho y en la misma ciudad, pero años más tarde, la Editorial Jorge Álvarez, dentro de la colección clásicos latinoamericanos, precedido de un ensayo de Julio Irazusta. Resulta entonces que, salvo el primer Monroe, la imprenta mexicana no se ha preocupado por reeditar las obras precursoras del examen de los móviles y maneras de la política exterior norteamericana, tan agresiva con nuestro país.

En *La doctrina Monroe* Pereyra demuestra poseer ya una idea muy clara de Estados Unidos. Ha sido testigo de las consecuencias del giro sufrido en la aplicación de la doctrina Monroe a partir de la llegada de McKinley (1843-1901) a la presidencia norteamericana, tanto con la derrota española del 98 y la consecuente “independencia” de Cuba y la enmienda Platt, como frente al conflicto anglo-venezolano por la Guyana; la “independencia” de Panamá y la construcción del canal interoceánico; el tratado Hay-Bunau Varilla, la intervención de tropas norteamericanas en Santo Domingo y el asunto de la deuda venezolana con Alemania. Giro que implicó un descarado intervencionismo y la proclamación de un panamericanismo a favor de la hegemonía norteamericana. La época, su nacionalidad y su cultura lo incitaron a estudiar y a escribir. En 1908 dio a la publicidad el primer fruto de sus esfuerzos sobre este problema. En 1916 —ante la experiencia dolorosa de las invasiones a Nicaragua y a México, la aprobación del Tratado Thomson-Urrutia, y las declaraciones Lodge y Roosevelt— los coronó con todo éxito en uno de sus libros mejor logrados, si tomamos en cuenta los propósitos y las ideas que inspiraron a su autor. Quince años después —nuevas invasiones a México y a Nicaragua y convenciones de Bucareli de por medio— el nuevo *Mito de Monroe* traduce, en términos más amplios y profundos, la versión final de la permanente inquietud de su autor frente a un problema que lejos de terminarse parecía cobrar renovados bríos. Veintidós años de un vertiginoso ascenso industrial capitalista —frenado momentáneamente por el *crack* del 29— al que correspondió una política exterior que fue desde el *Gran Garrote* hasta el *Nuevo Trato*,

pero que siempre exhibió la versión más radical e imperialista del destino manifiesto y del propio mito de Monroe.

Como en una espiral, los tres libros de Pereyra sobre la doctrina Monroe fueron de menos a más, bordando sobre nuevos y más concretos aspectos del mito creado alrededor del discurso presidencial de 1823. Antaño, la supuesta fábula circuló con extraordinaria suerte. Aunque nos parezca hoy increíble, en el siglo XIX (y todavía en nuestros días) hubo quien creyó que la doctrina Monroe era algo así como un escudo protector extendido en beneficio de los países latinoamericanos gracias a la bondad desinteresada de Norteamérica. Esta fue la idea central que Pereyra recibió de su ambiente y que en sus libros pretendió y consiguió, con éxito, destruir. Para hacerlo, hubo de adentrarse en los vericuetos de las relaciones diplomáticas de Estados Unidos con los países de cultura hispánica y rastrear los móviles y el contexto original en los cuales surgió la mentada doctrina. La conclusión, después de un análisis comparativo realizado sin mucha erudición pero sí con un magnífico empleo de la síntesis histórica, reveló al historiador que lejos de haber una *doctrina* Monroe ésta no era otra cosa que una fórmula nebulosa posible de múltiples interpretaciones y, por esto mismo, de variadas aplicaciones, que lejos de responder a motivaciones de tipo filantrópico escondía los intereses expansionistas de Estados Unidos sobre parte de América Latina.

Uno a uno fueron cayendo los mitos forjados alrededor del discurso presidencial, siendo los propios norteamericanos los que se habían encargado de debilitarlos. La inoportunidad del mensaje resultaba evidenciada; la conveniencia mercantil demostrada frente a la idea de la protección gratuita y desinteresada de los países débiles; el “seguro de vida” de éstos, sustituido por el postulado según el cual cada quien debía defenderse con sus propias uñas; la división de un mundo en dos hemisferios —uno de la libertad y otro del despotismo, según lo anunciara Jefferson— desplazada por una América en la que Estados Unidos reclamaba la supremacía política y la defensa exclusiva de sus intereses materiales y políticos.

El camino hacia la demostración final resulta arduo; abarca la consulta y, en ocasiones, la transcripción literal de discursos, artículos periodísticos, cartas, actas, libros y testimonios. Su método, además, suma hechos concretos sin dar mayores explicaciones —quizás porque estaban en el recuerdo de todos— y desvela intrigas e hipocresías pero, sobre todo, ubica con toda precisión las diferentes etapas del Mito.

A una fase inicial proclamada por la aristocracia del Este, sigue el polkismo, etapa dominada por la barbajería de los esclavistas del sur, agresivos y prepotentes, que proclaman el éxito final de la raza blanca y de la cultura sajona sobre la viciada latina allende el Bravo. Después, el eclipse casi total del Mito; el astro se eclipsa pero no se apaga y da lugar a la etapa de consolidación de un pueblo que se debatió durante algunos años entre la esclavitud agrícola y la “libertad” industrial. Del triunfo del norte sobre el sur resultará la más radical modificación de la doctrina Monroe, ahora interpretada al servicio del expansionismo capitalista y mercantil de las fábricas norteamericanas, a quienes desde la injusta conquista del oeste el país les queda chico. El Canal de Panamá los une aún más y los lleva a Sudamérica y al Asia. La primera comienza a sufrir los estragos de una tesis que tradicionalmente había sido imaginada en beneficio de ella. El monstruo europeo empieza a desvanecerse —Inglaterra será su último bastión— pero deja en su lugar a uno nuevo, más temible por su vecindad. La hegemonía continental gringa sólo parece detenerse ante el progreso de los países que forman, durante los primeros años del siglo, el grupo del A.B.C. Los “eclipses parciales y totales” de Monroe, su expresión original y, desde luego, su contexto histórico son olvidados por pueblo y el gobierno norteamericanos. La coexistencia pacífica entre el león y el cordero es posible porque el cordero deja su parte al león. Monroe, con su extraordinaria elasticidad, seguirá sirviendo para múltiples aplicaciones; incluso será el pilar del nuevo panamericanismo, no el de Bolívar, sino el de Washington. Pereyra profetiza con acierto:

Los norteamericanos no llevan á la América del Sur sino el propósito de la absorción económica y de la dominación política... ayudarlos en esta obra es un suicidio, á menos que fracase el plan de los norteamericanos, y que, en tal caso, sus incautos secuaces sudamericanos se vean mezclados en las futuras contiendas de Estados Unidos, cuando América oiga cañonazos europeos o japoneses.<sup>15</sup>

En fin, el monroísmo quedará perfectamente definido: “No es una doctrina ni la definición de una política: es la historia sin grandeza de un pueblo que ha llegado a ser coloso, sin haber conocido ninguna epopeya”.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> *El Mito de Monroe*, Madrid, América, 1916, p. 463.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 225.

*La doctrina* y el primer *Mito* ejemplifican en cada caso narrado la capacidad mimética del principio de política internacional más importante elaborado por ese pueblo sin grandeza.

Mito y pueblo se dan la mano en cuanto a su historia se refiere. El primero debe su fuerza precisamente al hecho de no ser ni tener, el segundo, historia:

Como su historia es la historia de lo que no ha sucedido, pero que sin él hubiera sucedido de otra manera, el retablo del monroísmo tiene tantos milagros cuántas repúblicas hay en América. La Argentina le debe no ser inglesa; Cuba lo mismo, así como libre Nicaragua; Méjico tiene la enorme deuda de no gemir bajo un yugo francés; Venezuela y Colombia no son alemanas por un prodigio igual á los anteriores; sin Monroe, Chile sería colonia y Perú virreinato; el Paraguay, establecimiento.<sup>17</sup>

Por su lado, el segundo *Mito*, el de 1931, si bien conserva el propósito “de dar a conocer el ambiente legendario de que está rodeado el célebre Mensaje del presidente Monroe”, y no abandona el análisis casuístico emprendido en los anteriores textos, sí deja fuera lo que no podía “justificarse dentro de la objetividad”.<sup>18</sup> El tono, por lo mismo, aparece más sereno pero también más intenso: el volumen excede en profundidad a los dos primeros y quizá por esto mismo queda inconcluso.

No todo, sin embargo, es reproche a los norteamericanos. Historiador crítico, Carlos Pereyra supo aquilatar el grado de responsabilidad que para la ritualidad y vigencia del mito correspondió a los habitantes de la América Española; son éstos quienes creyeron en el monroísmo —¿por comodidad?, ¿por un sentimiento inconsciente de inferioridad?, ¿por estupidez?, ¿por ingenuidad?, ¿por falta de grandeza histórica?—, y a él se acogieron poniendo en riesgo su propia subsistencia como naciones independientes. A ellos correspondió, sólo a ellos, colocarse la coyunda. La doctrina Drago es el magnífico ejemplo que Pereyra recuerda. Y si bien los norteamericanos han clasificado políticamente a los países de América en tres categorías (pueblos estables y ordenados, sujetos en su caso a la protección del súper policía internacional; países protegidos, víctimas de una tutela no solicitada, y pueblos “que tienen la desgracia de poseer algún territorio

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 232.

<sup>18</sup> *El Mito de Monroe*, Madrid, Aguilar, 1931, p. 5.

codiciado por Estados Unidos”, con su futuro claramente definido) no es menos cierto que cuando se presenta la oportunidad todos los Estados sudamericanos participan felices en “la primera orquesta para el primer concierto americano”.<sup>19</sup>

Carlos Pereyra, el coahuilense que hizo de la hispanidad su fortaleza; el “caballero andante de la historia” de América, cuya fobia a lo norteamericano fue el mejor testimonio de su “mexicanismo acendrado”, “el caballero de la hispanidad” que se negó a regresar en vida al solar de sus padres, continuó con sus libros una larga tradición del pensamiento conservador mexicano: aquella que exhibe y proclama la grande amenaza que para los destinos de los países de la América hispana han supuesto, suponen y desgraciadamente supondrán, Estados Unidos. Espíritu privilegiado, Pereyra no cayó en la trampa de quienes creyeron en las posibilidades de una alianza económica desinteresada con aquellos, ni en las bondades “naturales” de sus instituciones (tal vez no tuvo tiempo para ello),<sup>20</sup> por lo que siempre reconoció en esa nación el mayor peligro para la sobrevivencia de los valores hispánicos y católicos en el continente. No se dejó engañar por el tono puritano de un seudo predicador y sí supo entrever las nuevas fórmulas de dominación con que los norteamericanos sustituirían el expansionismo territorial: tratados comerciales no equitativos, formación de una elite profesional educada en sus universidades, inversiones calculadas y golondrinas, amenazas veladas, propagación de sectas religiosas, etcétera. A más de medio siglo de su muerte, a casi ya cien años de su primera denuncia, esas fórmulas se materializan en el sofisticado mundo de las finanzas internacionales así como en las intervenciones policíacas que demandan por el hecho de ser los mayores consumidores de narcóticos del mundo. América Latina se ahoga cada vez más bajo el peso yanqui; los países amenazados —como Pereyra lo profetizara— han ido cayendo “uno tras otro” en la órbita de esa república imperial y, sin embargo, en el colmo de los absurdos, todavía hay quienes creen en el Mito de Monroe.

Al lado de Manuel Ugarte<sup>21</sup> y de los estudiantes mexicanos que en 1912 se opusieron a Manuel Calero y a José Vasconcelos,<sup>22</sup> Pereyra pertenece a

<sup>19</sup> Así tituló al último capítulo del primer *Mito*.

<sup>20</sup> Muere en plena Guerra Mundial, antes de la amenaza comunista.

<sup>21</sup> Manuel Ugarte.

<sup>22</sup> A ellos me he referido en mi estudio “Vasconcelos, Herrera y Lasso y la Escuela Libre de Derecho”, publicado en mi libro *Hombres e historia de la Escuela Libre de Derecho*, México, Escuela Libre de Derecho, 1999.

esa segunda “corriente del sentimiento” que él supo identificar viva en América del Sur hacia 1914; “corriente popular, pura, noble, generosa, que nace del instinto y se derrama dondequiera que la juventud y el pueblo dejan oír su voz vibrante. [Que] tiene por apóstoles a los poetas, á los que conocen la vida por obra de intuiciones geniales”.<sup>23</sup> Historiador polémico, Carlos Pereyra gozó de este magnífico y envidiable don sin el cual ningún intelectual puede preciarse de serlo, la intuición; con él suplió con creces sus carencias profesionales. Urge que la juventud latinoamericana de hoy, como la de los veinte y los treinta, se acerque a la lectura de sus tres Monroe pues todavía tienen mucho de actualidad que decirle.

<sup>23</sup> *El Mito de Monroe*, 1916, p. 462.